

---

## RESEÑAS DE LIBROS / BOOK REVIEWS

---

**Fernández Rodríguez, Carlos; Valiente Ots, Mauricio y Vega Sombría, Santiago, *Comunistas contra Franco. La fuerza de un compromiso*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2021, 190 pp.**

Por Ramón García Piñeiro  
(IES "Galileo Galilei" de Navia (Asturias))

El movimiento comunista en España ya no goza de la relevancia social del pasado y ha desaparecido del escenario electoral, pero permanece vigente en el imaginario de la derecha, que no renuncia a utilizarlo como espantajo para reavivar el asca del temor que infundía entre sus adeptos, y, con renovado vigor, en la historiografía. Coincidiendo con el centenario de la fundación del PCE, se disputan el espacio en los anaqueles de las librerías obras tan sugestivas como dos biografías de Dolores Ibárruri, escritas por Diego Díaz y Mario Amorós, un análisis a pequeña escala de la militancia comunista en Almagro entre 1936 y 1947, titulado *Camaradas de un comité menor* y elaborado por Ángel Luis López y Fernando Hernández, la obra colectiva *Un siglo de comunismo*, coordinada por Francisco Erice, y, por supuesto, el estudio que es objeto de la presente reseña.

A pesar de todo lo que ha llovido, aún perviven estos rescoldos bibliográficos de la ya centenaria hoguera, no solo porque el anhelo de justicia y felicidad es inherente a la condición humana, que también, sino porque en España el movimiento comunista se ha vertebrado en una organización que ha capitalizado la defensa del republicanismo y el espíritu de resistencia contra la insurrección militar de julio de 1936, ha catalizado el movimiento antifascista de guerra y posguerra, ha sido el artífice de la aluminosis del bunker franquista y, en consecuencia, ha acumulado méritos sin parangón para vindicarse como el principal partero del modelo político vigente en España desde 1978, con independencia de que nuestro actual sistema democrático diste de ser el edén imaginado por su esforzada militancia.

La sinécdoque del título, *Comunistas contra Franco*, no figura entre los principales aciertos de este estudio, ya que su contenido no se circunscribe al marco temporal del franquismo, tal vez en este caso concebido, no tanto como periodo histórico concreto, sino como atemporal concepto político. De hecho, la publicación que aquí se reseña incluye precisas y sumarias contextualizaciones de cada etapa de la ya centenaria trayectoria del PCE, fruto de múltiples y meditadas lecturas, que proporcionan una visión de conjunto al no iniciado y suscitan, en el lector más avezado, un saludable ejercicio de reflexión y contraste de pareceres. Esta síntesis se cimenta sobre dos constantes: la claridad expositiva, no exenta de rigor, y la unidad estilística, solo matizada con sutiles discrepancias en la utilización del lenguaje inclusivo o con el uso de diferentes alternativas a la hora de encajar en el hilo conductor del relato los testimonios aportados, en todo caso ensamblados con fluidez. Sin desdoro de la idoneidad y pertinencia de los utilizados, al respecto cabe objetar el predominio de evocaciones procedentes de militantes que han pertenecido a la organización madrileña.

Tras el envoltorio de la exposición diacrónica se desgrana un estudio de carácter antropológico sobre la identidad, no tanto ideológica, política o sociológica, como cultural, de la militancia comunista. De relatos orales, memorias y otras fuentes escritas espigan y agavillan las razones personales que subyacen en la decisión de adherirse a la organización y, en particular, la idiosincrasia de un compromiso militante "que ha hecho mover la rueda de la Historia". En la forja de un activismo político que ha adquirido perfiles arquetípicos distintivos no se soslaya la referencia a rasgos convertidos en tópicos por otros autores, como el chovinismo de partido, la sacralización del modelo soviético y sus dirigentes, la obediencia al superior jerárquico o el culto a la personalidad del timonel de turno, pero también se hace hincapié en ingredientes volitivos consustanciales y no menos característicos de la militancia comunista como, en expresión gramsciana, "el optimismo de la voluntad", consistente

en que ningún objetivo era inalcanzable porque, por muy adversas que fueran las condiciones objetivas, siempre se podrían remover utilizando como fulcro la lucha y el sacrificio personal. De hecho, sin menoscabo de otros factores concurrentes, como la evolución ideológica personal, la tradición familiar o vecinal, la influencia del contexto laboral, o la reacción ante las injusticias, los autores enfatizan que la principal puerta de acceso al compromiso político del comunista fue el ejemplo dado por una militancia dispuesta a inmolarse por un ideal supremo de redención social.

En el crisol utilizado para configurar el arquetipo de una cultura militante tan singular quedan desdibujados dos factores que han convergido y se han retroalimentado con perversas y duraderas consecuencias: el recurso en el fuero interno a una praxis política de corte estalinista para no ceder terreno y blindarse ante un régimen que movilizaba los más brutales repertorios de la guerra sucia y del terrorismo de Estado con tal de aniquilar a quien conceptuaba como principal y, casi único, enemigo a batir. En esta convergencia se fundó la épica del comunista capaz de sobreponerse a los métodos de tortura más brutales, que podía romperse, pero nunca doblarse, aunque también adquirieron carta de naturaleza principios no menos identitarios como los efectos profilácticos de las depuraciones internas, la sacralización de la infalibilidad del Partido, incluso cuando erraba, o la siniestra aplicación con fines espurios de la prevención contra la provocación y “la vigilancia revolucionaria”. Entre los propósitos de la obra que aquí se reseña no figura desentrañar hasta qué punto la lucha por el poder, las purgas internas, la demonización del discrepante, la psicosis ante las infiltraciones policiales, los ajustes de cuentas con el delator, no siempre certeramente identificado, la execración de cualquier atisbo de debilidad ante la tortura, la condena al ostracismo por incurrir en alguna falta o, peor aún, al abismo de la expulsión a quien no comulgaba con ruedas de molino han sido colectivamente metabolizados como rasgos genuinos e inherentes de una identidad traumáticamente modelada golpe a golpe.

En efecto, se pasa de puntillas por estas patologías políticas, pero no para exornar al moribundo, sino para dejar constancia, sin perjuicio de la identidad común, de la coexistencia en su seno de dos subculturas, la de los de arriba y la de los de abajo, cuyas conductas no responden exactamente a los mismos patrones. Estas negras

sombras, a juicio de los autores de este libro, no eclipsan los ejemplares destellos que irradia la militancia comunista porque deliberadamente proyectan su foco de atención sobre la clase de tropa, no sobre un generalato desenfocado o ausente que hasta ahora ha venido polarizando la atención de la historiografía. Así como Julián Besteiro sostuvo ante un tribunal militar franquista que el oro de España yacía en las cunetas o penaba en las cárceles y en los campos de concentración, los autores de esta obra, tal vez por razones análogas, radican el tesoro del PCE, no en sus dirigentes, sino en su militancia. Más allá de las querellas y las mezquindades políticas, con independencia de los vaivenes de cada contexto histórico, esta es una obra consagrada a rescatarlos del olvido para dejar constancia de su compromiso e implicación con la movilización de los desfavorecidos en pos de su redención.

No en vano, tras la demolición del muro de Berlín y el devastador cataclismo que asoló la fantasmal entelequia conformada por el sistema soviético, amén de la presente inanidad electoral del movimiento comunista en Europa occidental, cuando se vuelve la vista atrás, de lo que pudo haber sido y no fue solo resplandece irreprochable, ejemplar, la trayectoria de esos militantes de base dotados de una insobornable fe de carbonero que estuvieron dispuestos a inmolarse por una subyugante quimera de camaradería, igualdad y justicia social. Con sus esperanzas y sus derrotas, han dejado indelebles surcos de abnegación y altruismo, sacrificio y humildad, humanidad y filantropía, que, desde la perspectiva actual, nos parecen, aunque no lo son, anacrónicos rastros de otra clase de gentes, vestigios de un tiempo remoto o definitivamente extinguido. Dada la vigencia de su conducta ética, en esta obra no se canta la gesta del comunista anónimo como respuesta singular a contextos y circunstancias definitivamente superados, sino que se establece un vaso comunicante entre su trayectoria militante del pasado y los retos que debe afrontar en el presente quien mantenga como referencia unos valores y unos ideales imperecederos. Aunque con su ejemplo emitan un pálido destello, equiparable al de remotas estrellas ya extinguidas, nunca dejarán de iluminar el horizonte de quien siga creyendo que la construcción de un mundo mejor es una indeclinable tarea colectiva. De su abnegada trayectoria se desprende una lección imperecedera: quien renuncia a empujar la rueda de la Historia, perece aplastado por su peso. Este es el perenne legado de *Comunistas*

*contra Franco*, un contenido homenaje a “los héroes y heroínas anónimos que nos redimieron” del oprobio, no ya de la resignación o la apatía, sino de claudicar sumisamente ante la sinrazón, la brutalidad y la infamia.

**Didi-Huberman, Georges, *Dispersas. Viaje hacia los papeles del gueto de Varsovia, España, Shagrila Textos Aparte, 2021, 149 pp.***

Por Nayeli Fabiola Moctezuma Moreno  
(Universidad de Cádiz)

Los archivos conservan un patrimonio histórico, singular e imprescindible, que sustenta la memoria de generaciones y son el resultado de la producción documental de la vida humana y, por tanto, testimonio irremplazable de los hechos pasados. *Dispersas. Viaje hacia los papeles del gueto de Varsovia*, de Georges Didi-Huberman —filósofo, historiador del arte e investigador de la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* (EHESS) de París— nos ofrece un viaje a través del archivo del historiador polaco Emanuel Ringelblum. Quien, en una empresa *impensable*, junto a sus compañeros de la organización clandestina *Oyneg Shabes*<sup>1</sup>, recopila y archiva evidencias de la vida cotidiana y de la muerte en el gueto de Varsovia.

Durante más de dos años, el grupo *Oyneg Shabes* se empeñó a constituir de un corpus de testimonios, cuyo primer propósito era presentar una demanda ante el tribunal de la historia una vez terminada la guerra. Sin embargo, frente a la expansión de la masacre y el inicio de las deportaciones, el archivo se guardó y enterró el 3 de agosto de 1942 —dentro del mismo gueto— en diez cajas de hojalata y dos latas de leche. En 1946, una vez terminada la guerra, Hersh Wasser —sobreviviente y colaborador de *Oyneg Shabes*— en conjunto con un grupo de expertos, exhumaron las primeras dos secciones del archivo, quedando una última parte aun sin descubrir.

El libro *Dispersas. Viaje hacia los papeles del gueto de Varsovia*, está estructurado en 17 microcapítulos con su respectivo *incipit* —una suerte de palabras preliminares— en los que el autor va hilando los *papeles dispersos* que conforman

<sup>1</sup> Traducido literalmente a la “alegría del *Shabat*” en yiddish. *Oyneg Shabbat* —en hebreo— se refiere a la tradición judía de reunirse los sábados para estudiar la Torá. El grupo clandestino recibió este nombre irónicamente porque sus integrantes se reunían secretamente los sábados por la tarde.

el archivo: manuscritos, cartas, confesiones, fotografías, testimonios, etc. Durante tres días Didi-Huberman se sumerge en lo que llamará —retomando a Aby Warburg<sup>2</sup>— un “tesoro de sufrimientos”. Un archivo conservado en el Jewish Historical Institute de Varsovia y que, a través de su libro, develará en una minuciosa descripción, la conformación del archivo, sus implicaciones simbólicas y las particularidades de los papeles desplazados de las investigaciones que hasta la fecha han surgido a tenor de ese archivo.

En los primeros capítulos, Didi-Huberman nos presenta cómo llegó al archivo Ringelblum, en principio por una afinidad filial, dado que parte de la familia Huberman fue víctima de la barbarie Nazi. Y posteriormente comienza a reflexionar sobre la importancia del trabajo del historiador Emanuel Ringelblum, y su papel como “archivista del terror”. Si bien es sabido que el oficio de “archivero-historiador” es una pieza fundamental en la administración de la memoria. Ringelblum fue más allá de la simple acumulación y articulación documental, convirtiendo su proyecto en un movimiento de resistencia, llamando a sus colaboradores a transformar la impotencia

“del momento (vuestra propia destrucción en curso) en potencia de futuro (vuestra historia a la vista para otros, para más tarde). Hagan de vuestra imposibilidad de *so-brevida* una oportunidad de supervivencia” (p. 70).

En los capítulos centrales, el autor describe, a través de retazos de fotos y frases dispersas en papeles, la muerte en el gueto y la importancia de su registro testimonial. Pese a que es cierto que la muerte era algo inminente, la resistencia creada a través del registro fue un método de sobrevivencia cultural concebida como un arma contra el borramiento y el olvido, confrontando así, la narración hegemónica que estaba construyendo el nazismo. En este sentido, Didi-Huberman lanza como pregunta fundamental del texto

“¿cómo nosotros mismos, herederos de esta historia, seremos capaces, nosotros también, de transmitir a nuestros hijos la fuerza de no tener miedo de imaginar, de saber, de conovernos frente a ella, en sín-

<sup>2</sup> Didi-Huberman hablará anteriormente de los archivos y su aproximación simbólica en el libro *La imagen superviviente: historia del arte y tiempo de las fantasmas según Aby Warburg*, Madrid, Abada, 2009, pp. 24-25.